

lo plebeyo. El autor demuestra el éxito que éstas corrientes políticas tuvieron a la hora de apropiarse de la figura del gaucho y, especialmente, durante el peronismo del Martín Fierro.

Además de atender a los usos que desde las élites políticas propiciaron del gaucho, Adamovsky retoma una de los objetivos metodológicos del libro, esto es: devolver la voz a los sectores populares. Al hacerlo incorpora elementos que devuelven una densidad considerable al fenómeno estudiado. A partir de la reconstrucción de una serie de trayectorias, el autor identifica aquellos usos y apropiaciones puramente populares de la figura del gaucho que, si bien pueden coincidir ideológicamente con las propuestas de sectores letrados, tienen fuentes y modalidades de circulación particulares. Muy interesante y arriesgado es aquí el rescate que el autor hace de la transmisión de memorias populares plebeyas y su aparente materialización en distintos productos culturales, consignas políticas y corrientes académicas.

En el abordaje de los usos políticos de la figura del gaucho, el autor resuelve de manera clara y prolija los intereses que parecen motivar el texto: el rescate de las voces plebeyas y su poder de agencia, y el análisis de la figura del gaucho como espacio de tensiones y disputas.

Ahora bien, sería muy rico que estas disputas entre sectores populares y letrados sean también leídas en el marco de aquella tensión entre espacios centrales y periféricos en la formación de la nación. Tratándose de una figura eminentemente rioplatense se vuelve interesante interrogarla en más profundidad sobre cuestiones vinculadas a la dimensión espacial y las tensiones entre Buenos Aires y el interior en el proceso de construcción del estado-nación. Si bien el autor inicia este camino, cabría preguntarse lo siguiente: ¿Cuál fue la extensión geográfica de este fenómeno en los diferentes momentos propuestos por Adamovsky? ¿Cómo dialoga esta figura con otras figuras plebeyas

que puedan aparecer? ¿Cuál es la cronología del proceso de expansión territorial de la figura del gaucho como emblema argentino? ¿En qué momento y a partir de qué mecanismos se produce la diferenciación del gaucho argentino de sus homónimos brasileño y uruguayo?

Valentina Cervi
UNC-PHAC

*A propósito de Martín Ribadero, **Tiempo de profetas. Ideas, debates y labor cultural de la izquierda nacional de Jorge Abelardo Ramos (1945-1962)**, Buenos Aires, UNQUI, 2017, 328 pp.*

Con **Tiempo de profetas**, Martín Ribadero invita a sumergirse en el mundo de la “izquierda nacional”, y a recortar dentro de él, a los grupos en los que Jorge Abelardo Ramos actuó como centro productor de ideas e iniciativas político-culturales, y también de empresas políticas. Apelando a las herramientas de la historia intelectual, el autor reconstruye redes y trayectorias individuales y colectivas, ofreciendo a cada paso un minucioso análisis de los debates teórico-doctrinarios en los que los sucesivos grupos, y su mentor, se vieron involucrados. Así, el libro ilustra sobre sus primeras adscripciones en el ámbito del trotskismo de mediados de los años cuarenta y avanza hasta principios de los sesenta, cuando ya ha sido creado el Partido Socialista de la Izquierda Nacional (PSIN).

Uno de los indudables aportes de **Tiempo de Profetas** consiste en su capacidad para mostrar cómo, en el recorrido de Ramos, la intensa actividad de escritura y las dotes de polemista se mantuvieron siempre ligadas a una infatigable tarea de editor. Con notable destreza, el autor nos lleva, por ejemplo, desde la conformación de su primer grupo y la publicación de la revista **Octubre**, en 1945, a su posterior relación y unificación —no exenta de diferencias y disputas programáticas y personales—

con quienes hacían **Frente Obrero**. En el seguimiento de éste y otros emprendimientos que le sucederán, además de reponer las ideas, Ribadero traza itinerarios, ubica controversias y observa como una de sus marcas la persistencia de lo que no duda en calificar como un cierto espíritu sectario.

Desde el punto de vista de la “matriz teórico-política”, el autor considera que los grupos vinculados con Ramos encontraron su punto de unificación en la centralidad otorgada a la “cuestión nacional” y en la búsqueda de articulación entre marxismo, antiimperialismo y latinoamericanismo, tópicos que junto con la interpretación del peronismo como “bonapartismo” habrían constituido los “cimientos discursivos”, y la impronta, que permitiría diferenciarlos de otros que le eran contiguos, por caso el de Rodolfo Puiggrós y su publicación **Clase Obrera**.

Ese punto de vista, y ese conjunto de ideas, habrían quedado claramente expuestos en **América Latina. Un país**, libro al que Ribadero califica como “ejercicio de imaginación histórica y sociológica” y portador de una serie de temas que luego pasarían a formar parte de la discusión de las izquierdas, cuando a fines de los cincuenta éstas ingresen en su etapa de debates y reconfiguración. En efecto, en ese libro de 1949, Ramos ya había instalado cuestiones tales como las de la relación entre elites y pueblo, el rol de los movimientos nacionales en la construcción de un futuro socialista, y la crítica a los partidos de izquierda —Socialista y Comunista—, a los que hizo plenamente responsables de que la clase obrera hubiese llegado a las vísperas del peronismo sin un “partido de clase”. Fue precisamente a esos partidos a los que dedicó algunos de sus más conocidos “conceptos injuria”, al acusarlos de haber abandonado la tradición latinoamericanista y antiimperialista y haberse aliado a los sectores liberales —tema éste que, además, le proporcionaría cierta audiencia en sectores nacionalistas y católicos.



En ese mundo de las izquierdas, es evidente que la centralidad otorgada a la “cuestión nacional” desde una perspectiva marxista no podía sino ser atractiva para quienes vivían con malestar y culpa la relación de sus partidos con el peronismo: Ramos ofrecía un nuevo punto de vista y nuevas herramientas conceptuales. Sin embargo, y sin disminuir el peso de esa influencia, conviene toma en cuenta que esos grupos abrevaban también en otras fuentes, incluyendo algunas alojadas en sus propias tradiciones —por caso, el viejo latinoamericanismo que las jóvenes generaciones militantes comenzarían a resignificar en términos de nacionalismo revolucionario.

Sobre el final de lo que puede considerarse como la primera parte del libro, el tercer capítulo coloca el foco en el “frente editorial”, y desde allí reconstruye con verdadera pericia el despliegue de Ramos y su grupo a través de Indoamérica, durante los años del peronismo: a través de su catálogo el autor advierte la puesta en marcha de una operación, especialmente intensa a partir de 1953, destinada a disputar la influencia ejercida por el Partido Comunista (PC) en el campo de la izquierda. Tal como se muestra en el libro, este período coincidió con la integración del grupo al Partido Socialista de la Revolución Nacional (PSRN) —en cuyo contexto además se publicaron los semanarios **Frente Obrero** y **Lucha Obrera**—, y finalizó con su definitiva ruptura, poco antes del fin del gobierno de Perón.

A lo largo de ese mismo capítulo el autor registra el cúmulo de recursos que Ramos era capaz de desplegar, en particular su notable capacidad para tejer una amplia red de relaciones que le permitiera superar tanto su condición de advenedizo en el campo editorial como los límites derivados de su formación autodidacta. Al mismo tiempo, en ese registro más atento a la trayectoria individual, el autor —lejos de toda mirada apologética— analiza opciones políticas y deja ver ciertas sinuosidades en la trayectoria del personaje, por

caso, su llamativo “silencio” ante el triunfo de la “Revolución Libertadora”.

En lo que sigue, **Tiempo de profetas** habla de los años marcados por el frondismo y la Revolución Cubana, y da cuenta no sólo de la renovación de los debates en los ambientes de izquierda, sino también de la constitución de un nuevo grupo en torno a Ramos. Ya alejado de los anteriores círculos trotskistas, y junto a Jorge Enea Spilnbergo, en esta etapa Ramos ha logrado vincularse e incorporar a jóvenes intelectuales que, como Ernesto Laclau, Adriana Puiggrós, Ana Lía Peyró o Blas Alberti, se constituirán en piezas por demás importantes a la hora de construir el propio partido.

Si hasta entonces el latinoamericanismo y la caracterización del peronismo como bonapartismo le habían otorgado a Ramos un lugar expectante entre los grupos que se rebelaban contra los partidos de la izquierda tradicional, después de 1959 la “cuestión cubana” complejizó el panorama. Tal como se señala en el libro, una vez pasada la inicial simpatía por la Revolución, Ramos comenzó a manifestar ciertas reservas hacia ella, y sobre todo, una particular preocupación ante el crecimiento de la “variante juvenil del cubanismo”, vale decir hacia grupos que como los expresados por las revistas **Situación** y **Che**, estarían intentando “cubanizar” el proceso revolucionario argentino.

En opinión de Ribadero, esa preocupación se relacionaba con una tendencia que Ramos observaba en esos jóvenes: retirarse de la lucha política e ingresar en la de carácter armado. Sin embargo, sus reservas y preocupaciones parecen haber excedido ese motivo, tal como puede apreciarse en un documento producido hacia fines de 1960 por el activo grupo de la “izquierda nacional” que militaba en el Centro de Caseros del PSAV —el mismo que dos años más tarde se escindiría para confluir en el PSIN. En ese documento no sólo se instaba a la dirección “vanguardista” a abandonar la “prédica insurreccional” y a mantenerse

autónomo de la “dirección revolucionaria continental”, sino además, a pronunciarse por un “Frente Único Socialista y Peronista” —que excluyera a grupos provenientes de otros partidos, en particular del PC: Ramos y su grupo iniciaban así un camino de conflictos y distancia con la mayor parte de la “nueva izquierda”.

Finalmente, corresponde decir que entre sus muchos méritos, **Tiempo de profetas** tiene el de haber vuelto plenamente visible lo que su autor nombra como el “gesto de ruptura” de Ramos, y el carácter “anticipatorio” de muchas de las posturas críticas que surgirían desde fines de los cincuenta. Además, ha logrado delimitar claramente el lugar de la “izquierda nacional” de Ramos, y lo ha hecho mediante una minuciosa reconstrucción en la cual tramas discursivas, labor editorial e iniciativas político-organizativas resultan articuladas. Más aún, el autor ha sabido observar la huella de las ideas de Ramos, no sólo en las izquierdas sino también en algunos notables intelectuales de los que fue maestro y compañero.

María Cristina Tortti
UNLP

A propósito de María Moreno, **Escribir para conspirar: Panfleto. Erótica y feminismo**, Buenos Aires, Random House, 2018, 300 pp.

“Un cuaderno” se titula la nota preliminar de **Panfleto: erótica y feminismo**, el volumen que compila cuarenta y siete artículos de María Moreno —todos y cada uno con su inconfundible aleación de estilo, desparpajo y erudición— publicados a lo largo de treinta años (desde 1988 hasta 2018) en **Página/12**, **La Caja**, **Babel** y **Fin de Siglo**.

La alusión a “un cuaderno” en lugar de a “un libro”, “una antología”, “una compilación”, “una reedición” o “un archivo”, pro-